

Cuando Nelson llegó a mi casa estaba tranquilo. Hacía dos semanas que había salido de Miami, después de vaciar su exigua cuenta bancaria, para visitar a su cubana patria, tras pasar por un tercer país con el miedo en la mirada, con el miedo de un delincuente.

Violaba al hacerlo las prohibiciones de la Administración Bush sobre los viajes a Cuba. Pero su madre, residente en La Habana, estaba enferma de gravedad. Valía el peligro de una multa y, quizás, otros castigos. Ella respondía al tratamiento médico, auxiliado con la presencia del hijo, - aquí todavía los lazos familiares influyen hasta en la presión arterial, atrasados que somos-, y ahora Nelson visitaba, en especial, a los amigos del barrio que siempre “le daban vueltas” a la anciana.

Me gusta nutrirme de las vivencias de la gente de a pie; el “profe” Nelson, lamentablemente, ya no es profesor de Matemáticas, aunque maneja en Miami un viejo coche regalado. Como no es del año actual, continúa a pie en las categorías sociales vigentes allá.

Con la taza de porcelana, bien conocida por él, en la mano, y después de felicitarme por conservarla para las visitas, -no queda más remedio, no hay sustitutas-, descarga sus sentimientos con su colorido hablar de mulato universitario de barrio popular.

Sí, dice, labora en una escuela en las mañanas. Pero en las tareas de mantenimiento. Ríe, -los cubanos poseemos la magia de reírnos de nosotros mismos-, y algunas tardes y noches es guardia de seguridad en un mercado de víveres. Fue maestro por vocación y como lo lleva en la sangre, habla de la educación que palpa día a día, mientras ordena las sillas en el aula abandonada.

El nivel de las Matemáticas, dice, es desastroso. Los chicos tienen diez años y no saben sumar. No tienen interés en estudiar. Ni los padres, tampoco. Bueno, con el poco tiempo libre con que cuentan, apenas pueden ocuparse de ellos. Además, para los latinos están los servicios y los trabajos duros. Tienen aspiraciones “cortas”. Los más preocupados por el estudio de sus hijos son los cubanos. Son muchos años acostumbrados al derecho a la superación. Éso no se olvida aunque allá la comida sea barata y no tengan que “luchar” el transporte de cada día.

Mi cerebro es un armario insondable. De una de sus gavetas extraje el texto de una carta llegada también de Miami. Otro amigo. Marchó allá vía “bombo”, el sorteo de visas, esa especie de lotería tramposa que dice “tú, sí, tú, no”. Estuvo en las listas de los migrantes elegibles. Claro, él y su esposa, jóvenes, técnicos en Informática y sólo dos hijos pequeños, y por si fuera poco cubanos modelo ario. Convivían En Santa Clara con catorce parientes en primer, segundo y tercer grados, en una casa habitable sólo por enanitos de Blancanieves. Me cuenta que ya tienen vivienda propia, pagada mediante una hipoteca; que no esperan ni los turnos en el baño ni en la única cocina de gas del antiguo hogar. Laboran en sus especialidades. Los niños constituyen la gran preocupación. “La escuela pública es una basura”. Y esas palabras son las claves con empate en la conversación de Nelson, que me hacen fabular.

En aquella carta se llegaba a esta conclusión, más o menos: a los americanos no le interesa mejorar las escuelas. Quienes tienen dinero pueden pagar lo mejor. Y siempre ellos tienen la posibilidad de traer para acá a las inteligencias que necesitan, en el momento que les haga falta. Otorgan becas a los genios. Y queremos preparar bien a los chicos. Podremos ahorrar para una universidad; pero implica, también, mejorar el nivel social para que sean bien aceptados por sus compañeros.

Cuando desayuno según la tradición habanera -- café con leche y pan con mantequilla -- me surgen buenas ideas. Propongo a Nelson, quien regresaba a la intranquila Miami al día siguiente, por supuesto a través de un tercer país, contactar a este padre preocupado. Y, miren ustedes, me ha llegado un mensaje alentador.

Nelson atenderá a los niños tres veces por semana. No para repasarles, sino para enseñarles Matemáticas. Así repondrá un poco su reducida cuenta bancaria y, sobre todo, se dará el gustazo de ser maestro nuevamente, aunque sea por ese vericuetto que nació de un cerebro en “nirvana” de café con leche. Mi otro amigo palpará cómo sus hijos progresan, dejan de contar con los dedos y están en manos de una persona decente, porque éso también hay que tenerlo en cuenta en cualquier tierra... y en Miami, más.

Anoche mi Ángel de la Guarda, que de guardia estaba, me entregó un diploma donde decía: “Felicidades por solucionar un problema entre cubanos”.

En la mañana, otra buena noticia. La mamá de Nelson se recupera. Para los mal pensados, no tenía dengue, del cual tanto se habla en Cuba y se publica relacionado con Cuba. Había sufrido un accidente cerebral.